

Historia y comunicación social

ISSN: 1137-0734

<http://dx.doi.org/10.5209/hics.69243>

Los intelectuales y el “espacio de opinión” mediático: el caso de *La desfachatez intelectual*¹

Juan Pecourt Gracia²

Recibido el: 6 de noviembre de 2017. / Aceptado: 9 de octubre de 2019.

Resumen. Este artículo analiza la controversia provocada por la publicación del libro *La Desfachatez intelectual* (2016) de Ignacio Sánchez Cuenca, dentro del “espacio de opinión” español. Se observará la evolución histórica y organización interna del espacio de opinión, los recursos sociales de algunos actores destacados, así como los géneros intelectuales utilizados y defendidos por sus protagonistas. En este contexto, *La desfachatez intelectual* pretende transformar las reglas de juego del espacio y, al mismo tiempo, redefinir el equilibrio de poderes entre los diferentes campos sociales que lo conforman.

Palabras clave: Espacio de opinión; intelectuales; campo literario; campo periodístico; campo académico; género intelectual

[en] Intellectuals and the media “opinion space”: the case of *La desfachatez intelectual*

Abstract. This article analyses the controversy generated after the publication of Ignacio Sanchez Camara’s *La desfachatez intelectual* (2016). In order to do so, in the first place, I shall identify the main features of the social space under which the controversy developed, the Spanish space of opinion. I shall sketch its historical development and internal structure, the social resources of the main players, and the intellectual genres defended by the main contenders. In this context, *La desfachatez intelectual* transforms the space of opinion’s rules while redefining the power equilibrium among the different social actors.

Keywords: Space of opinion; intellectuals; literary field; journalistic field; academic field; intellectual genre

Sumario: 1. Introducción. 2. La esfera pública y el “espacio de opinión”. 3. El “espacio de opinión” en España: campos sociales y géneros intelectuales. 4. El espacio de opinión y *La desfachatez intelectual*. 5. Conclusión. Anexo I. 6. Bibliografía.

Cómo citar: Juan Pecourt Gracia (2020) Los intelectuales y el “espacio de opinión” mediático: el caso de *La desfachatez intelectual*, *Historia y comunicación social* 25(1), 265-274.

1. Introducción

En el año 2016, el profesor Ignacio Sánchez-Cuenca publicó *La desfachatez intelectual: escritores e intelectuales ante la política*, donde denuncia las deficiencias discursivas de los intelectuales consagrados (que él denomina “figurones” o “santones”), muy alejados de la realidad y obsesionados por temáticas que no concuerdan con los intereses mayoritarios de la sociedad. A raíz de su publicación, aparecieron múltiples artículos y comentarios en la esfera pública que reaccionaron a la contundente tesis lanzada por Sánchez-Cuenca. La controversia agitó, una vez más, la polémica sobre el papel de los intelectuales en la sociedad contemporánea. Precisamente, el objetivo del presente trabajo es analizar esta controversia centrándonos en los participantes más destacados y sus características sociológicas, así como en los contextos de producción discursiva.

De modo más concreto, y para alcanzar los objetivos específicos del trabajo y comprender la lógica subyacente de la controversia, nos centraremos en tres aspectos fundamentales: a) la definición del espacio social, que denominaremos “espacio de opinión”, origen de la polémica; b) la identificación de las propiedades sociológicas de los actores participantes, teniendo en cuenta su capacidad de acceso a la centralidad mediática; y c) la especificación de los géneros intelectuales que actúan en la controversia, asociados a ciertas tradiciones culturales y estilos cognitivos.

¹ Este artículo forma parte del proyecto “Problemas públicos y controversias: diversidad y participación en la esfera mediática”, del Programa Estatal de I+D+I orientada a los Retos de la Sociedad, convocatoria 2017 (REF CSO2017-82109-R).

² Universitat de València.
juan.pecourt@uv.es

2. La esfera pública y el “espacio de opinión”

Para analizar la controversia de *La desfachatez intelectual* acudiremos al concepto de “campo de interacción” (Bourdieu, 2011), entendido como un espacio estructurado de conflicto donde los participantes se posicionan de acuerdo a la posesión de determinados recursos (tanto materiales como simbólicos). En estos espacios encontramos conflictos internos, impulsados por los miembros del propio campo para mejorar su posición, y conflictos externos entre diferentes campos, donde unos tienden a ser dominantes (político y económico) y otros dominados (mediático, cultural, académico).

Desde esta perspectiva, la esfera pública se constituye como un espacio de debate y discusión situado en la intersección de diferentes campos especializados (periodístico, político, cultural, académico), de donde suelen proceder sus protagonistas más relevantes. Dentro del marco de la esfera pública, centraremos nuestro análisis en el ámbito más restringido del “espacio de opinión”, entendido como “un sector muy influyente de la esfera pública” (Jacobs y Townsley, 2011: 13), es decir, un espacio donde las elites comunicativas debaten sobre cuestiones de interés general desde posiciones distinguidas, y que les permite moldear la opinión pública e influir la acción política. En este sector, se encuentran los columnistas y articulistas de la prensa de referencia, los comentaristas de los debates políticos televisivos, así como los escritores de editoriales comerciales prestigiosas.

Bourdieu argumenta que, en el campo cultural especializado, el cambio social está condicionado por el conflicto entre dos actores diferentes: los “consagrados” y los “aspirantes” (Bourdieu, 2011). Los primeros son aquellos que han logrado el pleno reconocimiento en su especialidad, copan las instituciones más prestigiosas y reciben el aplauso generalizado de sus colegas. Los segundos se encuentran en la periferia de las instituciones y no tienen un reconocimiento tan importante como los anteriores. El dominio de los primeros sobre los segundos se apoya en su capacidad para definir las reglas de juego, es decir, los principios básicos de selección y reconocimiento de las aportaciones individuales. Bourdieu ilustra este conflicto con la pugna entre artistas académicos (consagrados) e impresionistas (aspirantes) en el París de finales de siglo XIX. Detrás del choque entre las visiones artísticas de ambos colectivos el autor francés detecta posiciones estructurales claramente diferenciadas en el campo artístico de la época.

Desde el punto de vista estructural, el “espacio de opinión”, como universo restringido de élite, comparte las características de los campos culturales especializados delineadas por Bourdieu: está formado por actores variados, procedentes de diferentes entornos sociales, que proponen diferentes visiones de la realidad y modalidades de acción intelectual. El acceso a este espacio depende del reconocimiento previo en los campos culturales de origen (lo que Sebastiaan Faber (2016) llama acertadamente el *start up capital*), y supone aceptar un universo simbólico que impone unas reglas de comportamiento específicas, que deberán seguirse para lograr el éxito. En el “espacio de opinión” también encontramos una diferenciación interna entre los consagrados y los aspirantes. Los consagrados monopolizan la atención gracias a la posesión de los siguientes recursos sociales: a) el poder institucional, dependiente del control directo de las instituciones culturales y mediáticas; b) el poder intelectual; que resulta del prestigio adquirido en el campo cultural de origen; y c) el reconocimiento mediático, producto de la visibilidad proporcionada por los medios (Bourdieu, 2008). Los aspirantes, sin embargo, se caracterizan por una cierta invisibilidad y dificultad para captar la atención de los demás (Collins, 1998).

Desde el punto de vista discursivo, en el espacio de opinión conviven diferentes géneros intelectuales asociados a los distintos campos culturales. Entendemos por “género” los formatos o estilos específicos que utilizan los intelectuales para ordenar textos y significados (Fiske, 1987:109), asociados a diferentes formas de entender el conocimiento o culturas epistémicas (Lamont, 2009). Las luchas entre los diferentes sectores del “espacio de opinión” se reflejan en la reivindicación de distintos géneros y formatos intelectuales. En el “espacio de opinión” identificaremos, siguiendo a Posner (2001), los siguientes géneros intelectuales: a) la “propuesta de políticas específicas”, que pretende proporcionar soluciones a problemas concretos y depende de conocimientos académicos previos; b) el “comentario a tiempo real”, que supone opinar sobre asuntos que están en pleno proceso de desarrollo, enmarcado desde una perspectiva informativa o de opinión; c) el “comentario profético”, dominado por el pesimismo cultural, y que advierte de la decadencia nacional enfatizando los vicios del presente; d) la “crítica social genérica”, donde se realiza una crítica amplia supera el ámbito de especialización del crítico; e) la “crítica social específica”, donde el crítico realiza una crítica restringida a su ámbito de especialización; f) el “testimonio de experto”, que comparte las características del comentario a tiempo real, pero con aportaciones científicas de expertos especializados en el tema tratado; y g) el “comentario político-literario”, que consiste en utilizar los recursos estilísticos y metafóricos de la literatura para comentar la actualidad política.

Metodológicamente, se analizarán los documentos generados por la controversia, tanto el texto de *La desfachatez intelectual* como las diversas respuestas publicadas en prensa escrita y medios digitales. Para identificar la posición social de los actores seleccionados, y tomado los estudios de Bourdieu (2008) como fuente de inspiración, se construirán un conjunto de indicadores que servirán para evaluar sus recursos institucionales y simbólicos, así como su capacidad de acceder a la centralidad en el “espacio de opinión” (en

el Anexo 1 se explica con más detalle la clasificación utilizada y los indicadores elegidos). En ningún caso se pretende establecer juicios de opinión sobre los intelectuales sino objetivar, en la medida de lo posible, sus posicionamientos en el “espacio de opinión”. Para identificar los géneros intelectuales, se analizarán los textos de los protagonistas de la polémica y se clasificarán siguiendo la tipología propuesta por Posner (2001). Recurriendo a la bibliografía sobre el tema, se contextualizará históricamente la preponderancia de determinados géneros intelectuales en el espacio de opinión español.

3. El “espacio de opinión” en España: campos sociales y géneros intelectuales

Los estudios sociológicos tienden a subrayar la presencia destacada de literatos en la vida intelectual española (Abellán (1974), Aranguren (1975); De Miguel (1980)). El papel de los escritores y pensadores en lo que Vázquez Montalbán (2001) denominó la “construcción de la ciudad democrática”, es decir, en la generación de un espacio cultural autónomo, libre de injerencias políticas, es indudable (Gracia, 2004). De hecho, podría considerarse el colectivo más comprometido con el activismo intelectual durante el franquismo. Pero, a partir de los años sesenta y setenta, se produjo un choque entre diferentes corrientes intelectuales que tendría repercusiones posteriores. Se trata de la confrontación entre los que entienden la participación pública como un ejercicio de “crítica social” y los que la redefinen como una forma de “hedonismo contracultural” (Díaz, 1983). La primera opción es defendida por activistas políticos ortodoxos, generalmente vinculados al Partido Comunista y otros grupos políticos de izquierdas, que pretenden impulsar una revolución social, en colaboración con el proletariado, para transformar el sistema de producción y la estructura del Estado (Roca, 1994). La segunda opción cuestiona la rigidez y el puritanismo del compromiso político de los partidos revolucionarios y sus intelectuales orgánicos (Vázquez García, 2009). Rechaza la disciplina de partido y vislumbra una revolución cultural en el ámbito de las costumbres que superará las limitaciones del movimiento socialista, en el que reconocen elementos nocivos del capitalismo, como la unidimensionalidad, la burocratización y el puritanismo sexual.

A partir de los años ochenta, los representantes del hedonismo contracultural, desde los *seniors*, como Aranguren y García Calvo, hasta los *juniors*, representados por Savater y Azúa (Vázquez García, 2009), adquirirán una posición hegemónica ante la crisis de marxismo y el agotamiento de la crítica social (Azcárate, 1982). La hegemonía del hedonismo contracultural en el espacio de opinión permite la introducción de nuevas temáticas y perspectivas, al tiempo que mantiene rasgos tradicionales, como el papel preponderante de literatos y filósofos, frente al papel secundario de los académicos. Los géneros intelectuales cultivados por el hedonismo contracultural serán, preferiblemente, el “comentario político-literario”, el “comentario profético” y la “crítica social genérica”, despojada del aparato teórico marxista y de cualquier pretensión de cientificidad.

La hegemonía del hedonismo contracultural entre la intelectualidad española se ha interpretado como un efecto del deslizamiento cultural generalizado, a partir de los años ochenta, hacia la postmodernidad (Subirats, 1993). A nivel estructural, en este periodo se producen dos procesos paralelos que transforman el “espacio de opinión” mediático. Por un lado, un proceso de comercialización, que supone la decadencia de los medios independientes (*Cuadernos para el Diálogo, Triunfo, Ajoblanco*) (Autor, 2008) y la consolidación de las grandes corporaciones mediáticas (PRISA, Planeta, Grupo Zeta), y por otro, la diversificación creciente de los participantes, impulsada, entre otros factores, por la mayor complejidad de la ecología mediática (nuevas cabeceras de prensa, aparición de las televisiones privadas, etc.), que explotará en el nuevo milenio con la proliferación de las redes sociales. A esto habría que añadir el acceso creciente de periodistas y académicos a las tribunas de mayor influencia (Chavero, 2014).

Actualmente, el “espacio de opinión” está formado (mayoritariamente) por individuos procedentes de tres campos específicos: el literario, el periodístico y el académico. La relación entre los diferentes campos, y las tradiciones específicas de cada uno de ellos, determinará la constitución de este espacio.

a) En primer lugar, encontramos a los escritores procedentes del campo literario, que se benefician del peso tradicional de las letras en la esfera pública española y, por tanto, condicionan su participación al prestigio literario. Este prestigio se adquiere gracias a las críticas en suplementos y revistas especializadas (*Babelia, Cultura/s, El Cultural*), la recepción de premios literarios (Premio Nacional de Narrativa, Premio Anagrama, Premio Herralde) y la pertenencia a instituciones honoríficas como la Real Academia de la Lengua. Se trata de autores con un poder intelectual significativo, pero con escaso poder institucional. No dirigen periódicos, revistas, editoriales o museos. Ocasionalmente pueden dirigir alguna institución cultural, pero suele ser una labor de carácter intermitente. En algunos casos se sitúan a caballo entre el campo literario y el académico (en concreto el filosófico), como Fernando Savater o Rafael Armengol. Suelen tener preferencia por el ensayismo, la cita erudita, el juego de palabras y la boutade frente a la consideración fría y aséptica de los datos. Se expresan sobre todo a través de artículos de opinión y obras ensayísticas, y en menor medida, de entrevistas televisivas. Suelen ser poco activos en la esfera pública digital (por ejemplo, estos autores no suelen mantener cuentas en Twitter). Su reconocimiento mediático suele situarse en niveles intermedios en comparación con

otros actores emplazados en este espacio. Los géneros intelectuales que cultivan son el “comentario profético”, la “crítica social genérica” y el “comentario político-literario”.

Cuadro 1. Intelectuales literarios y recursos sociales
(ver Anexo 1)

Campo literario	Poder institucional	Reconocimiento mediático	Poder intelectual
A. Muñoz Molina	Bajo	Medio	Alto
J. Marías	Bajo	Medio	Alto
R. Sánchez Ferlosio	Bajo	Bajo	Alto
J. Cercas	Bajo	Medio	Alto
F. Savater	Medio	Medio	Alto

b) En segundo lugar, aparecen los líderes de opinión del campo periodístico, que deben su participación a su renombre profesional. Su prestigio se corresponde, en gran medida, con sus logros en la carrera periodística: suelen ser directores de periódicos de referencia (*El País*, *ABC*, *Diario 16*, *El Mundo*, *La Vanguardia*), miembros de consejos de redacción o jefes de sección. Más recientemente, encontramos también periodistas procedentes de radio y televisión. En muchos casos, combinan participaciones en los diferentes medios (prensa, radio, televisión), y son más activos en las redes sociales que los literatos (abundan los periodistas de renombre con cuentas en Twitter u otras redes sociales). Una característica estructural del campo periodístico es que sus representantes más señalados tienen un poder institucional importante, pero adolecen del suficiente poder intelectual para competir con los actores de otros ámbitos. En este sentido, el prestigio intelectual del trabajo universitario y, sobre todo, del mundo literario, los atrae hacia espacios intermedios situados entre el periodismo, la literatura y la academia. Algunos de los ejemplos más señalados son Francisco Umbral, Arturo Pérez Reverte o Rosa Montero. Buscan en ámbitos no-periodísticos el poder intelectual que no pueden obtener en su hábitat de origen. En cambio, cuentan con un gran reconocimiento mediático que les permite alcanzar la centralidad. El género intelectual más cultivado es el “comentario a tiempo real”, claramente asociado al mundo periodístico, y el comentario “político-literario”, muy influido por el submundo de la literatura.

Cuadro 2. Intelectuales mediáticos y recursos sociales
(ver Anexo 1)

Campo periodístico	Poder institucional	Reconocimiento mediático	Poder intelectual
J. L. Cebrián	Alto	Medio	Medio
P. J. Ramírez	Alto	Alto	Medio
F. Jiménez Losantos	Alto	Alto	Bajo
J. Estefanía	Alto	Medio	Medio
P. Urbano	Bajo	Alto	Bajo

c) Finalmente, en tercer lugar, emergen los miembros del campo académico. Se trata de intelectuales que han obtenido el reconocimiento universitario previo. Suelen ser catedráticos procedentes de las Facultades de Derecho y de Humanidades (las antiguas Facultades de Filosofía y Letras). Analistas como De Miguel los consideran el eslabón débil del espacio de opinión, por su acceso generalmente restringido al comentario mediático (De Miguel, 1980: 69). Sin embargo, en los últimos años se ha producido un incremento notable de los participantes procedentes de las ciencias sociales, y más concretamente de economistas y politólogos. Su captura del centro de atención se debe a su poder intelectual, y en menor medida, a su poder institucional en ámbitos universitarios y extra-universitarios. Su reconocimiento mediático es inferior a los casos anteriores—no disponen del acceso directo de los periodistas, ni del espíritu bohemio y transgresor de los escritores. A diferencia de los casos anteriores, sus opiniones suelen enmarcarse en el contexto de estudios científicos realizados por colegas universitarios. Son estas referencias a la validez científica las que proporcionan autoridad a sus manifestaciones públicas. Cultivan sobre todo el “testimonio de expertos”, la “propuesta de políticas específicas” y la “crítica social específica”.

Cuadro 3. Intelectuales académicos y recursos sociales
(ver Anexo 1)

Campo académico	Poder institucional	Reconocimiento mediático	Poder intelectual
L. Garicano	Alto	Medio	Alto
F. Vallespín	Medio	Medio	Alto
S. Juliá	Bajo	Medio	Alto
E. Uriarte	Bajo	Alto	Medio
J. Subirats	Medio	Medio	Alto

Como puede verse, tanto en el campo universitario como en el literario encontramos individuos con un poder intelectual elevado, procedentes del propio campo y socialmente reconocidos. Sin embargo, existen diferencias importantes entre el reconocimiento intelectual otorgado por ambos submundos. Lamont (2009) identifica la existencia de diferentes “culturas epistémicas”, definidas por su forma de entender la construcción del conocimiento. Esta diversidad afecta, entre otras cosas, al juicio que realizan humanistas y científicos sociales de las aportaciones realizadas. Por una parte, los humanistas tienden a considerar que las habilidades interpretativas son esenciales para realizar un trabajo de calidad, mientras los científicos sociales, especialmente los defensores de la contrastación empírica, consideran que la interpretación oscurece la verdad. Esto quiere decir que los humanistas pueden apreciar trabajos que resulten “fascinantes”, aunque no sean del todo “verdaderos”: la originalidad está por encima de la validación empírica. Estas diferentes culturas epistémicas pueden chocar en el “espacio de opinión” en el momento de presentar sus argumentos, que se traduce en géneros intelectuales específicos.

4. El espacio de opinión y *La desfachatez intelectual*

La tesis central de este trabajo es que *La desfachatez intelectual* es el resultado de un conflicto entre elites intelectuales dentro del “espacio de opinión” mediático, que se traduce en la colisión de diferentes estilos epistémicos y géneros intelectuales asociados a distintos campos sociales. Sánchez-Cuenca lanza su desafío al establecimiento cultural desde una posición intersticial, es decir, desde una posición que puede oscilar entre el centro o la periferia del “espacio de opinión”, y desde las posiciones del campo académico. Aunque Sánchez-Cuenca identifica diferentes tipos de intelectuales, su crítica se dirige especialmente a los humanistas (ver cuadro 4) (Gascón, 2016). Así, *La desfachatez intelectual* funciona como un dispositivo simbólico dirigido hacia los géneros intelectuales asociados al campo literario y que el autor considera ilegítimos: la “crítica social genérica”, el “comentario político-literario” y el “comentario profético”. Sin embargo, la intervención de Sánchez-Cuenca no adopta los estándares básicos de la participación académica; su texto no puede considerarse ni “testimonio de experto” ni “crítica social específica”. En este trabajo, adopta convenciones de género más propias del campo literario que del campo académico; de hecho, Sánchez-Cuenca elabora una forma de “crítica social genérica” (prácticamente no acude a las fuentes académicas ni a los estudios existentes), mediante la utilización de ciertas convenciones académicas (citas de artículos especializados, austeridad del lenguaje, etc.) para cuestionar la “crítica social genérica”.

Cuadro 4. Intelectuales criticados por *La desfachatez intelectual* según el campo de procedencia³

Campo literario	Campo periodístico	Campo académico
J. Juaristi (3)	J. L. Cebrián (1)	C. Molinas (1)
F. Savater (12)	F. Basterra (1)	L. Garicano (1)
F. de Azúa (8)	P. J. Ramírez (1)	C. Iglesias
J. Cercas (4)	J. Herrera (1)	R. García Cárcel
A. Muñoz Molina (6)	I. Durán (1)	F. Ovejero (1)
J. Marías (3)	P. Urbano (1)	R. Tamames
J. M. de Prada (3)	H. Tertsch	E. Uriarte (2)
A. Pérez-Reverte	A. Pérez-Reverte	A. Elorza (1)

³ En este cuadro aparecen solamente los intelectuales citados por Sánchez-Cámara de manera crítica. Se ha clasificado a los intelectuales según la clasificación establecida basada en la teoría de los campos. Entre paréntesis se muestran el número de textos concretos que el autor comenta de cada uno de los escritores citados. En él se observa la preponderancia de humanistas y literatos sobre el resto de profesiones.

Campo literario	Campo periodístico	Campo académico
L. Racionero	C. García-Abadillo	S. Juliá
L. Etxebarria	A. Caño	A. Delgado Gal
L. A. de Cuenca	J. Martínez Reverte (1)	F. Vallespín
C. J. Cela	S. González (1)	J. Subirats
M. Vargas Llosa (4)	B. Rubido (1)	E. de la Nuez
G. Albiac	J. Cruz	G. Bueno
L. Antonio de Villena	J. Estefanía	
F. Rico (1)	J. Ayuso	
A. Trapiello	J. Moreno	
A. Espada	J. M. Calvo	
F. Sánchez Dragó	C. Yárnoz	
A. Pombo (1)	J.A. Zarzalejos	
J. A. Marina		
A. García Calvo		
R. Sánchez Ferlosio		

En la controversia desatada por *La desfachatez intelectual* identificamos oposiciones estructurales similares a las mencionadas por Bourdieu (2008). Por un lado, la posición de los consagrados (ortodoxos), aquellos que acumulan el poder intelectual y monopolizan el centro de atención y, por el otro, los aspirantes (heterodoxos), situados en el extrarradio del poder intelectual y aspirantes a lograr una mayor centralidad modificando las reglas del debate público. La Transición política impuso unos efectos específicos en el espacio de opinión que ayudan a entender la situación actual. Desde finales de los años setenta y ochenta, como hemos visto, se afianza la consagración de la heterodoxia (representada por el hedonismo contracultural), de modo que la heterodoxia se convierte en ortodoxia. El carácter heterodoxo de los nuevos consagrados lo vemos claramente en Savater y Azúa, reiteradamente criticados por Sánchez-Cuenca, pero también, aunque de forma más matizada, en Cercas y Muñoz Molina; todos ellos erosionan la distinción entre literatura y política, ficción y realidad, interpretación y validación empírica, de una forma inasumible para la mente científica. Frente a la hegemonía de los humanistas, *La desfachatez intelectual* supone una llamada al orden contra esos “heterodoxos consagrados”, un aviso para que abandonen sus veleidades estéticas en favor de una aproximación controlada a los hechos sociales. Se acerca a las posiciones de las nuevas cohortes intelectuales, emplazadas muchas veces en los medios digitales periféricos y se aleja de las posiciones centrales de la prensa escrita.

En este sentido, el trabajo de Sánchez-Cuenca plantea una revolución simbólica en el “espacio de opinión” que presenta dos frentes simultáneos: por un lado, la transformación de las reglas de juego existentes y, por otro, la crítica de las fuentes de autoridad establecidas. Implica una ruptura con el campo literario, tradicionalmente dominante, y un acercamiento progresivo al campo académico, en posición subalterna (Urdániz, 2013). Dicha revolución simbólica ha generado numerosas reacciones, aunque podemos diferenciar claramente las producidas en el núcleo y la periferia del espacio de opinión:

- a. Por una parte, en el núcleo del “espacio de opinión”, donde se encuentran los autores más consagrados, se observan diferentes estrategias: algunos han optado por el silencio (M. Vargas Llosa, A. Muñoz Molina, F. de Azúa), que puede interpretarse como un no-reconocimiento de la pertenencia de Sánchez-Cuenca a este grupo selecto. Otros han lanzado duras críticas contra él (Savater (2016), Cercas (2016) y Juaristi (2016)) desde las tribunas de la prensa de referencia (*El País*, *ABC*), sin nombrarlo directamente o cuestionando su estatus (el “un tal Sánchez-Cuenca...” de Juaristi). En general, las respuestas defienden la vigencia del “comentario político-literario” frente a la “crítica social especializada” o el “testimonio de experto”. En una de las respuestas más detalladas, Javier Cercas defiende la interpretación creativa de la literatura frente a la literalidad de los hechos propuesta por Sánchez-Cuenca. Entre los estudiosos y especialistas, las opiniones son más matizadas, aunque su cercanía al campo literario los alinea con este. Jordi Gracia (2016) afirma que Sánchez-Cuenca realiza una lectura de los autores excesivamente apegada a las convenciones de las ciencias sociales, mientras que Justo Serna (2016) cuestiona la metodología utilizada. Tanto Gracia como Serna reconocen los excesos de algunos intelectuales consagrados (Savater, Juaristi) pero defienden a ultranza las aportaciones de otros (Cercas, Muñoz Molina). Pretenden mantener distinciones taxonómicas entre los intelectuales que realizan aportaciones realmente valiosas, frente al resto. En general, los comentaristas se muestran como defensores del *status quo* intelectual.

- b. Por otra parte, en la periferia del espacio de opinión, aquellos sin acceso a órganos mediáticos de referencia y que suelen expresarse desde plataformas digitales (*Contexto*, *Revista de cultura y pensamiento* o *La marea*) se muestran más cercanos a los postulados de Sánchez-Cuenca. Suelen ser profesores universitarios de cohortes más jóvenes que no han alcanzado el nivel de consagración académica anterior, y que tienden a defender perspectivas muy críticas con el establecimiento cultural. Denuncian la existencia de un grupo intelectual, más o menos organizado, que ejerce un monopolio simbólico (imponiendo nombres, temas, perspectivas y estilos) sobre la opinión pública. Algunos de ellos asocian el planteamiento de Sánchez-Cuenca con el discurso de la Cultura de la Transición (Martínez, 2012), como Sánchez León (2016) o Faber (2016). Otros relacionan el papel de la inteligencia española con el mantenimiento del patriarcado (Gaupp, Luengo y Touton, 2016). Todos ellos realizan críticas matizadas a Sánchez-Cuenca y sugieren fórmulas para mejorar la calidad del debate público en España. Algunos autores de este sector van más lejos y cuestionan la honestidad del autor de *La desfachatez intelectual* (Sirera, 2016). Al no disponer de los recursos sociales requeridos (poder institucional, visibilidad mediática, poder intelectual) sus comentarios no reciben el *feed-back* público de Sánchez-Cuenca, algo con lo que sí cuentan los autores situados en la centralidad del espacio de opinión. De todas formas, todos ellos, al igual que Sánchez-Cuenca, ofrecen un cierto cuestionamiento del *status quo*.

5. Conclusión

El origen del intelectual, como representante del mundo de la cultura que expresa su opinión ante la opinión pública, se encuentra en el campo literario. Posteriormente, se produce una apertura progresiva que permite la participación de actores de otros campos (académicos y mediáticos). Este proceso de transformación y diversificación de los participantes en el espacio de opinión lo han estudiado numerosos autores en contextos nacionales diversos. Actualmente, en términos generales, se identifican dos grandes tendencias: por un lado, la “mediatización” del espacio de opinión con la hegemonía creciente de los intelectuales mediáticos o agentes procedentes del campo periodístico y, por otro lado, la “academización” de dicho ámbito, que consistiría en el peso creciente de la comunidad universitaria en el espacio de opinión. Ambas interpretaciones, aunque diferentes entre sí, dan cuenta de las transformaciones de la acción intelectual en las últimas décadas. De todas formas, el peso de los medios y de las universidades en el “espacio de opinión” varía según los contextos sociales y nacionales.

La tesis defendida es que *La desfachatez intelectual*, así como su posterior debate público, muestra las tensiones provocadas por el proceso de mediatización y la academización en el “espacio de opinión” español. Al igual que en otros lugares, los intelectuales españoles surgen preferentemente del campo literario de finales del siglo XIX. Desde entonces, literatos y humanistas han tenido una presencia pública muy importante, a pesar del peso creciente de periodistas y científicos sociales. La diversificación de los actores que participan en la esfera pública ha posibilitado la aparición de nuevos discursos públicos, pero también ha aumentado los conflictos entre actores proceden de campos culturales diferenciados, con sus propiedades distintivas y sus discursos específicos. Sánchez-Cuenca alude a los tres campos culturales que conforman, de forma mayoritaria, el espacio de opinión (literario, periodístico y académico), aunque centra sus críticas en el primero. En cierta forma, la idea-fuerza de Sánchez-Cuenca es una visión negativa de la lógica literaria en el “espacio de opinión” y la consecuente defensa de una mayor “academización” del mismo (el texto también muestra conflictos internos dentro del campo académico, especialmente entre el espacio de los politólogos y los economistas, que no analizaremos en este trabajo).

Para entender el componente social del debate, se ha posicionado a los actores principales en los campos culturales de origen, y dentro de estos campos, se ha evaluado su centralidad. Ignacio Sánchez-Cuenca, como autor del trabajo, ocupa una posición nuclear en el ámbito de las ciencias sociales, gracias a su filiación intelectual con Víctor Pérez-Díaz y José María Maravall, sus numerosas publicaciones nacionales e internacionales, y la dirección del IC3JM. Su *start-up capital*, por tanto, se nutre de las propiedades y disposiciones específicas de este subespacio. Su concepción de la realidad social y la acción pública está muy influida por los estilos epistemológicos y cognitivos de su campo primario, lo que implica a su vez preferencias y desagradados en relación a los géneros intelectuales.

Sin embargo, la centralidad académica no se traduce, de forma directa, en la centralidad dentro del espacio de opinión, debido a la influencia hegemónica del campo literario—en este contexto, Jordi Gracia habla de los “equipos universitarios subalternos” (Gracia, 2011: 50). Su iniciativa supone reivindicar géneros intelectuales asociados con el campo académico, y con una determinada concepción de las ciencias sociales. Del mismo modo, las respuestas a Sánchez-Cuenca también dependerán de las propiedades específicas de los campos originarios, tanto del campo literario, como de sectores diferentes (tanto desde una perspectiva jerárquica como disciplinaria) del campo académico.

Anexo I

Tomado como referencia el trabajo de Bourdieu (2008), se ha distinguido entre tres recursos sociales básicos dentro del “espacio de opinión” que condicionan la centralidad del intelectual: el poder institucional, el poder intelectual y el reconocimiento mediático. Para evaluar los distintos recursos hemos realizado una selección de autores citados por Sánchez-Cuenca, y hemos utilizado los siguientes indicadores:

1. Poder institucional

El poder institucional depende del control directo de los principales organismo o instituciones culturales y mediáticas. Por una parte, implica la dirección, o la participación en equipos de dirección, de la prensa de referencia (*El País*, *La Vanguardia*, *El Mundo*, *El Periódico*, *ABC*), de las revistas intelectuales más reconocidas (*Revista de Occidente*, *Claves para la Razón Práctica*, *La maleta de Portbou*), de las editoriales de prestigio (Planeta, Alfaguara, Anagrama, Alianza, Cátedra, Crítica, Edicions 62, Seix Barral) y de los centros e instituciones culturales de referencia (museos, bibliotecas, Instituto Cervantes, teatros, editoriales, productoras de cine y televisión, universidades, festivales escénicos y musicales).

Los distintos rangos del poder institucional se han definido de la siguiente manera: a) poder institucional alto: el control o dirección de organismos e instituciones centrales del campo cultural (prensa de referencia, editoriales, universidades, fundaciones, Academias, etc.); b) poder institucional medio: control o dirección de organismos culturales, medios de comunicación o centros de investigación que no son centrales, pero cuentan con un cierto prestigio o reconocimiento; c) poder institucional bajo: la falta de acceso al control o dirección de organismos culturales o mediáticos, ya sean centrales o especializados.

2. Poder intelectual

El poder intelectual es más difícil de captar que el institucional, porque no se basa en el control de las instituciones (que es fácilmente objetivable), sino en el reconocimiento social, más difícil de medir. Además, adopta diferentes formas en los distintos campos culturales.

- a. En el ámbito literario, el poder intelectual se sustenta en el reconocimiento inicial de los críticos literarios y en la recepción de premios oficiales. Las críticas se publican en revistas y suplementos de referencia (*Babelia*, *Culturas*, *El Cultural*, *Revista de libros*, *Que leer*), y las realizan críticos consagrados (Juan Carlos Mainer, Santos Sanz Villanueva, Ignacio Echevarría, Luis Antonio de Villena, etc.) que certifican a los autores más destacados. Más tarde, los premios literarios culminan el acceso al panteón literario. Los otorgan tanto el Estado (Premio Nacional de Narrativa, Premio Nacional de Ensayo, Premio Princesa de Asturias, Premio Nacional de la Crítica) como los organismos vinculados a las industrias culturales (Premio Herralde, Premio Alfaguara, Premio Espasa de Ensayo, Premio Anagrama). Los jurados están formados por críticos, escritores y editores de referencia.
- b. En el campo académico, el poder intelectual se obtiene a través de las cátedras universitarias, que muchas veces son el resultado de una trayectoria investigadora relevante. La publicación en revistas científicas de excelencia (JCR, SCOPUS) es un requisito básico del poder intelectual en el campo universitario, así como la participación en equipos de investigación asociados a institutos de prestigio (Centro Superior de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Institut d'Estudis Catalans, Fundación Juan March, Centro de Investigaciones Sociológicas). También es un indicador de poder intelectual la publicación en revistas académicas, que no entran en las indexaciones de la excelencia académica, pero que si otorgan notoriedad en los círculos letrados (*Revista de Occidente*, *Claves para la Razón Práctica*, *La maleta de Portbou*, etc.). Más recientemente, han aparecido espacios intersticiales entre el campo académico y el político (Fundación Alternativas, CIDOB, Real Instituto Elcano, FAES) que inciden en el poder intelectual del universitario.
- c. En el campo periodístico los indicadores de poder intelectual se basan en el acceso a los órganos de referencia (en este sentido, el diario *El País* ha tenido un papel fundamental en la España democrática) y también en la recepción de los premios y honores específicos del campo periodístico (Premio Ortega y Gasset, Premio Nacional de Periodismo Miguel Delibes, Premio Luca de Tena, Premio Internacional de Periodismo Rey de España o Premio Mariano de Cavia). Dada su insuficiencia simbólica, muchos miembros del campo periodístico buscan el reconocimiento en los subespacios literarios y académicos. Tienden a acaparar, incluso, los premios literarios más mediáticos, como el Premio Planeta.

Los distintos rangos del poder intelectual se han definido de la siguiente manera: a) poder intelectual alto: recepción de premios y honores nacionales e internacionales, cátedras o reconocimientos en universidades de prestigio, publicación regular en medios y editoriales de prestigio; b) poder intelectual medio: recepción de premios y honores específicos, cátedras universitarias, publicación esporádica en medios y editoriales

de prestigio; c) poder intelectual bajo: ausencia de premios y honores relevantes, publicación esporádica en medios y editoriales de prestigio.

3. Reconocimiento mediático

El reconocimiento mediático depende de la visibilidad fuera de ámbitos especializados, proporcionada por el campo periodístico; en este aspecto, los periodistas cuentan con una gran ventaja respecto a escritores y académicos. Existen varios indicadores para detectar el reconocimiento mediático. El primero es la presencia regular en las tribunas de opinión de la prensa de referencia (*El País*, *La Vanguardia*, *El Mundo*, *ABC*). Aunque los medios tradicionales siguen teniendo un gran prestigio, el peso de los medios digitales y los blogs es creciente, independientes o asociados a los medios tradicionales. A grandes rasgos, la prensa escrita de referencia suele situarse en el centro de atención del “espacio de opinión”, mientras que los medios digitales, mucho más variados y diversificados, se localizan en la periferia. El segundo se encuentra en los medios radiofónicos (RNE, Catalunya Radio, Onda Cero, SER, COPE) y audiovisuales (TVE, Tele 5, Antena 3, La Sexta, TV3, ETB). Las mediciones de audiencia determinan la visibilidad de los participantes en estas plataformas. Y el tercero, cada vez más importante, es la presencia activa en las redes sociales (Facebook, Twitter, Instagram, Youtube, etc.). En el ámbito de las redes sociales existen una serie de medidores cuantitativos mediante los que puede evaluarse la visibilidad mediática de los actores en presencia, como son el número de seguidores, el número de retuits o el número de favoritos.

Los distintos rangos del poder institucional se han definido de la siguiente manera: a) reconocimiento mediático alto: publicación regular de artículos de opinión en la prensa de referencia, participación habitual en los debates políticos de la televisión generalista, y un seguimiento amplio en las redes sociales; b) reconocimiento mediático medio: publicación regular de artículos de opinión en la prensa de referencia, participación esporádica en los debates políticos de la televisión generalista, seguimiento limitado en las redes sociales; c) reconocimiento mediático bajo: publicación esporádica de artículos en la prensa de referencia, aparición esporádica en programas televisivo, seguimiento limitado en las redes sociales.

5. Bibliografía

- Abellán, J.L. (1974). *La cultura en España (ensayo para un diagnóstico)*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo.
- Azcárate, M. (1982). *Crisis del eurocomunismo*. Barcelona: Argos Vergara.
- Bourdieu, P. (2011). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Madrid: Siglo XXI.
- Cercas, J. (2016). “La barbarie de la literalidad”. En *El País semanal*. (goo.gl/GDyt9s).
- Collins, R. (1998). *The sociology of philosophies*. Cambridge (MA): Belknap Press.
- De Miguel, A. (1980). *Los intelectuales bonitos*. Madrid: Planeta.
- Díaz, E. (1983). *Pensamiento español en la era de Franco*. Madrid: Tecnos.
- Faber, S. (2016), “Cuando la crítica se confunde con los paseos. Apuntes de un polemista pasmado”. En *Revista de cultura y pensamiento* (goo.gl/ggXfQr).
- Fiske, J. (1994). *Television culture*. Londres: Routledge.
- Gascón, D. (2016). “Sánchez-Cuenca y los intelectuales”. En *Letras Libres*. (goo.gl/7iHM5c).
- Gaupp, J., Luengo, A. y Touton, I. (2016). “Propuestas para una función intelectual democrática”. En *ctxt* (goo.gl/J7EftP).
- Gracia, J. (2004). *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona: Anagrama.
- Gracia, J. (2016). “¿Por qué mi madre es de Podemos?”. En *La maleta de Portbou*, 18. (goo.gl/n4Nbsg).
- Jacobs, R. y Townsley, E. (2011). *The space of opinion. Media intellectuals and the public sphere*. Londres: Oxford University Press.
- Juaristi, J. (2016). “Escudos”. En *ABC*. (goo.gl/88zviu).
- Lamont, M. (2009), *How professors think. Inside the curious world of academic judgement*, Harvard University Press, Cambridge (MA). <http://dx.org/10.4159/9780674054158>
- López Aranguren, J.L. (1977). *La cultura española y la cultura establecida*. Madrid: Taurus.
- Roca, J.M (ed.) (1994). *El proyecto radical: auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*. Madrid: La Catarata.
- Sánchez León, P. (2016). “Los intelectuales, los medios y el poder de los intelectuales”. En *ctxt* (goo.gl/D9WT6X).
- Savater, F. (2016). “A mi inevitable enemigo”. En *El País Semanal* (goo.gl/kywp4T).
- Serna, J. (2016), “El intelectual culpable”. En *Ctxt* (goo.gl/47m53).
- Sirera, C. (2016). “La dejadez intelectual”. En *Comunia* (goo.gl/VN9PZr).
- Vázquez García, F. (2009). *La filosofía española: herederos y pretendientes. Una lectura sociológica (1963-1990)*. Madrid: Abada Ediciones.
- Vázquez Montalbán, M. (2001). *La literatura en la construcción de la ciudad democrática*. Barcelona: Mondadori.
- Posner, R. (2001). *Public intellectuals: a study in decline*. Cambridge (MA): Harvard University Press.

Sánchez-Cuenca, I. (2016), *La desfachatez intelectual. Escritores e intelectuales ante la política*. Madrid: La Catarata.

Urdániz, Jorge (2013). Sánchez Cuenca y los intelectuales. *Infolibre* (goo.gl/xNtv4X).